
INTRODUCCIÓN DEL COORDINADOR

Ángel Núñez

La presente edición del Poema es fruto de largos años de búsquedas y trabajo y, más importante aún, de diversas pasiones.

Todo comenzó hacia 1990, cuando con Élide Lois nos pusimos a buscar el manuscrito de la primera parte del Poema, del que había dado amplia noticia la profesora Ángela Blanco Amores de Pagella. Ella lo había tenido en sus manos y en 1972 había publicado un análisis del mismo en la revista *Logos* (Buenos Aires, año VII, n° XII); en 1986 insistía con la noticia en un artículo en el suplemento cultural del diario *La Nación* de esta misma ciudad (13/4/86). Viviendo yo en São Paulo leí esa nota y quedé alertado: comenzaba la aventura de este volumen.

Élide Lois y yo nos planteamos lo magnífico que sería emprender una edición crítica del Poema basada en los manuscritos: éste y los seis cuadernos originales de *La Vuelta* que se conservaron en la familia de Hernández, y que usó ampliamente Carlos Alberto Leumann para su edición y su libro *El poeta creador*. Cuadernos a los que no pudo acceder Tiscornia, ese gran anotador del Poema. Aunque quiso: otra curiosa historia de inquietos eruditos.

Se nos presentaba un cuadro de mucho trabajo por delante y algunas dudas: ¿Sería posible juntarse con esa libreta mencionada por la profesora Pagella? ¿Alguien se interesaría por una edición de este tipo?

Son curiosas las cosas de los manuscritos en general, y la de éste en particular es muy misteriosa: se trata de una rústica libreta «de pulpería» cuyas hojas miden 15,4 por 10 cm y a la que le falta aproximadamente la mitad final, que presumiblemente ha sido roída, dado el estado de lo que quedó. Le faltan también las primeras hojas, donde tal vez hubiera podido estar escrito el nombre del propietario, pero queda constancia de algunos versos no gauchescos que allí figuraban.

Hacia 1957 o 58, un alumno se la lleva a la profesora Pagella en su curso de literatura del Colegio Nacional Buenos Aires diciéndole que es el original del Poema. Pagella, con toda la reserva correspondiente, lo estudia, lo hace peritar por la calígrafa pública nacional María J. Tarka de Zamponi y la conclusión es terminante: es de Hernández. El interrogante que surgía es: ¿cómo ese alumno, Jorge Pablo Castello, tiene en sus manos ese manuscrito?

Hay aquí un curioso juego de espejos...

En el XIX el propio poeta se lo habría entregado a una mujer «en una provincia del norte». Muchos años después, hacia 1936, viviendo ya en Buenos Aires, la dueña del manuscrito se lo da a su nieto para entregárselo a su maestra de 3^{er} grado primario cuando hablaba de *Martín Fierro*. El curso lectivo era en la escuela de la Obra de la Propagación de la Fe de la ciudad de Buenos Aires.

El alumno poco después deja de asistir al colegio, dejando el manuscrito en manos de su profesora. A fin de año la directora de la escuela le dice a la maestra que se lleve esa libretita, depositada en el armario correspondiente a su curso, ya que el alumno ha dejado de concurrir y no hay manera de ubicar a sus padres. Orden ante todo y que nada quede para el año próximo...

Curiosamente, dos veces se ha dado la misma situación: un alumno se lo lleva a su profesora; ese original buscaba su destino.

La libreta pobretona está, según parece, comida en parte por los ratones (¿por qué?, ¿dónde ha estado?), que han dado cuenta de los Cantos IX a XIII de *El gaucho Martín Fierro*. Evidentemente, son ratas de biblioteca...

Ángela Blanco Amores nos facilitó enseguida el contacto con los dueños de la misteriosa libretita.

Mis informaciones provienen justamente de Amanda Juana Valfredi de Castello, una dulce anciana de 80 años en el 90, antigua maestra, que se había visto con ese manuscrito en las manos del que la profesora del Colegio Nacional certificaba su autenticidad.

Los recuerdos de doña Amanda eran vagos, creía recordar que el nombre del alumno que se lo había entregado era Galota, pero sin estar del todo segura. Tenía, sí, certeza de que era la abuela del alumno quien se lo enviaba, y que ésta lo había recibido de las propias manos de Hernández. Recordaba que esa abuela era «de una provincia del norte» y me dijo que «tal vez era de Tucumán», pero sin darme seguridad absoluta.

Yo publiqué el nombre de Galota en 1992 en el volumen dirigido por Fermín Chávez *500 años de la Lengua en Tierra Argentina* (Buenos Aires, Secretaría de Cultura de la Nación): tal vez apareciera alguien conociéndolo, pero no hubo respuesta.

Un hijo de la señora de Castello, Jorge Pablo Castello era quien se lo había llevado a la profesora Pagella, y su hermano, el licenciado Hugo Patricio Castello, fue quien atendió nuestra inquietud y accedió generosamente a prestarnos el manuscrito.

Un nuevo peritaje, hecho en 1993 por el Estudio «Latour» de Peritos Calígrafos, confirmó su autenticidad, y lo mismo opinó ante nuestra consulta,

basándose en su conocimiento de las distintas letras de Hernández, su biógrafo Fermín Chávez. Éste declaró años después: «Al verlo [el ms.] mi memoria visual de la letra de Hernández –por mí muy transitada– me indicó al punto que era un original hernandino» (diario *La Nación* de Buenos Aires, 11/12/97). Por último, el estudio filológico de Élide Lois añadió la confirmación surgida del análisis del proceso escritural.

¿Es verosímil que un manuscrito del *Martín Fierro* provenga de una de nuestras provincias norteañas?

José Hernández realizó un importante viaje al norte del país en enero de 1886, nueve meses antes de su fallecimiento. Su hermano Rafael inclusive afirma que es en ese viaje que el poeta «adquirió los gérmenes de su enfermedad mortal». Se trataba de oponer al oficialismo candidatos a diputados, y una fórmula presidencial alternativa a la de Juárez Celman, concuñado y aspirante preferido por el general Roca para sucederlo, que, siendo «caballo del comisario», habría de ganar las elecciones. Hay varios nombres en danza: Bernardo de Irigoyen y José Benjamín Gorostiaga por la Unión Católica, y Dardo Rocha, ex gobernador de la provincia de Buenos Aires, que es el que más se empeña en afirmar su postulación, en la que trabajaba desde hacía años. Y Hernández lo estimula y apoya.

Para coordinar detalles de la elección de diputados nacionales del mes de febrero y la posterior de presidente, parte Hernández a Tucumán, Salta y Jujuy. Horacio Zorraquín Becú detalla en su biografía los muchos dirigentes a quienes debe entrevistar, además de los gobernadores de esas provincias: se trata de una misión difícil, puesto que hay que enfrentar a un oficialismo poderoso en un país organizado y exitoso... aunque endeudado.

No le fue mal a Hernández, porque en las elecciones de diputados en Salta y Tucumán triunfan los candidatos opuestos a Roca. Y finalmente, tampoco Juárez Celman tendría éxito, puesto que no pudo terminar su mandato, golpeado por diversas crisis y por la llamada Revolución del Parque en 1890.

Los interrogantes nos invitan a proponer hipótesis. ¿Por qué, al viajar al norte en una difícil misión, Hernández llevaba consigo esa libreta manuscrita donde había copiado con letra rápida la primera parte del Poema? La libretita no estaba siendo usada para una minuciosa reescritura del texto, como demuestra Élide Lois (aunque hay, sí, variantes de gran interés). Además la libreta tiene breves escrituras de mano infantil con el nombre «Mercedes» –posiblemente de su segunda hija mujer, así llamada– y unos poemas de tema amoroso.

¿Acaso Hernández la llevaba a manera de talismán? ¿Por qué *no iba a lloverse el rancho* adonde pasase sus noches (II, vv. 4857-4858), él, gran peregrino? Hernández, de intensa vida en Corrientes años atrás, ¿acaso la tenía como *payé*?

Continuando con la información que nos guía, ¿por qué en 1886 José Hernández le entregó a una mujer una versión manuscrita de *El gaucho Martín Fierro*, publicado en 1872, y no en todo caso un ejemplar de las muchas ediciones impresas? Se trata además de una libreta muy personal, familiar incluso. Ya circulaban también varias ediciones de la *Vuelta*.

Hay una evidente carga afectiva en un escrito hecho con la propia mano, que la modestia de la libreta, por su pequeño tamaño y su papel ordinario, no invalidan. Todo indica que el poema estaba copiado completo –aunque faltan unas diez y siete estrofas luego agregadas–, lo que lo configuraba tal vez para su autor como un ejemplar privilegiado. Por su tamaño (15,4 por 10 cm) incluso era susceptible de ser llevado en un bolsillo o una cartera. Recordemos que desde el siglo anterior tenían amplia circulación libros en formato chico, y el tamaño de la libreta coincide con uno en dieciseisavo de folio.

Sabemos que obsequiar un manuscrito importante, o una primera versión de un texto prestigioso –y en el 86 el *Martín Fierro* lo era plenamente– constituye una gentileza extrema; que inclusive en nuestros días tiene un valor económico que puede ser importante (así manuscritos o versiones a máquina con correcciones de propia mano de Marechal, Borges, Cortázar, etc.).

¿A quién le entregó Hernández una libreta de alguna manera tan íntima? ¿O acaso la dejó olvidada y siendo él muy conocido por dibujos y caricaturas y célebre el Poema, se pudo establecer rápidamente la filiación?

El historiador Tulio Halperín Donghi llama al poeta «empedernidamente monógamo en medio de vida tan azarosa», o sea que habría, al menos en principio, que descartar algún coqueteo... El hecho es que desde el norte nos ha llegado este valioso documento que nos permite acceder al dinamismo textual de Hernández.

¿Por qué estuvo tan mal guardado para que los ratones se comieran muchas páginas? ¿Por qué su pésimo mantenimiento, como dejado en un armario muy húmedo y al que tenían acceso roedores, tal vez un sótano, quizás un desván muy aislado? ¿Se trataba de alguien de difícil situación económica que no tenía la manera de protegerlo mejor?

Dije que hay misterios en el camino de los manuscritos, y es grande el que envuelve a éste; al estudiar la 9ª edición de *El gaucho Martín Fierro*, publicada en Rosario en 1875, Élide Lois observa que se ha usado esta libretita para numerosas variantes. ¿Acaso estuvo en Rosario en aquel año, muy anterior al que supongo que fue el del regalo o entrega de la misma?; ¿o son simples –aunque demasiado curiosas– coincidencias? Habría que saber –y no lo sabemos– si el manuscrito de base para esa edición se escribió allí o se envió desde Buenos Aires. ¿Qué itinerario podríamos imaginar para esta libreta viajera?

Todas las suposiciones son bienvenidas. La información, incompleta, de que disponemos nos indica una contradicción: por un lado la certeza de la autenticidad del manuscrito por parte de su dueña original, como se evidencia al enviárselo a la maestra Castello, y por otro el mal estado del mismo.

Para la utilización científica de este escrito en los 90 había un inconveniente... su estado era lamentable, no se lo podía hojear, porque las páginas, reseca-das, se hubieran roto. Hubo un grave error en la guarda del mismo. Cuando accedimos a él, estaba envuelto en una hoja del diario *La Prensa* que contenía uno de los artículos de Leumann sobre el Poema. Si bien la conexión entre ambos escritos hacía lógica la relación entre ellos, no se había advertido que la

enorme acidez del papel que servía de envoltorio había estado contagiando la libreta, perjudicando gravemente lo que quedaba de ella. Porque, si bien desde parte del Canto VIII en adelante estaba perdida casi totalmente, el resto de la libreta se deterioró con posterioridad a la entrega de la misma a la señora de Castello. Es lamentable este perjuicio, que finalmente pudo subsanarse en gran medida con la restauración, y es de destacar que la señora tuvo el patriotismo de no venderla a coleccionistas extranjeros, que querían comprarla, porque no deseaba que saliera del país. Por eso, posteriormente, sus hijos sólo la vendieron cuando una empresa argentina estuvo dispuesta a adquirirla para que quedara en el país. De allí que hoy se encuentre aquí y a disposición de los estudiosos.

En la libreta estaban, de la mano de Hernández, ocho cantos de la *Ida* (aunque el octavo ya estaba incompleto). Había que restaurar el manuscrito: el costo no era exorbitante, pero había que conseguir el dinero. Y no lo logramos, a pesar de la importancia, incluso simbólica, que tiene un manuscrito –único hasta el momento– de la primera parte del *Martín Fierro*. Inútiles fueron varias gestiones, y citaré tan sólo la realizada ante el Fondo Nacional de las Artes, cuyo presidente de aquella época prometió y no cumplió.

En medio de esta indiferencia oficial, Amos Segala, consultado providencialmente por Ana María Barrenechea, se entusiasmó con el tema de la restauración de manuscrito, porque Archivos, desde su fundación, ha estado siempre interesado en el problema de la salvaguarda de la memoria manuscrita del siglo XX, y porque vio una posibilidad de realizar una edición crítica novedosa sobre una obra tan conocida y publicada. Archivos financió entonces el costoso rescate que permitió, a la vez, utilizar el manuscrito para la Colección y conservarlo definitivamente en nuestro país.

La restauración fue exitosamente realizada por la profesora Alejandrina María Guedes, con la colaboración de la licenciada Alejandra Helena Aballay. Después del préstamo que nos hicieron, esta libretita fue finalmente vendida; la compraron a fines del 97 Pedro Simoncini y Carlos Sergi, presidente y director de «Programas Santa Clara» de televisión, propietaria de Educable y TV Quality. Esta inusual operación fue así descrita por el doctor Simoncini: «La productora Programas Santa Clara había sido distinguida por primera vez, tras 19 años de dedicación a la televisión educativa, con el premio “Martín Fierro” por los periodistas especializados de radio y TV [que es el más importante de la Argentina]. El propietario podía ser tentado por otra oferta del exterior, y pensé que debíamos hacer algo. Como gente del interior, por tratarse del *Martín Fierro* y por ser un tema cultural» (Diario *La Nación*, 11/12/97). Los propietarios del manuscrito pudieron fijar su precio de venta en 120.000 dólares, gracias a la benemérita y desinteresada acción de Archivos.

Los compradores lo donaron al Estado argentino, que lo derivó al Museo Histórico Nacional, donde está depositado actualmente con los cuidados necesarios.

Por lo menos desde la utilización hecha por Leumann en sus trabajos publicados en 1945 se conocían los cuadernos manuscritos de la *Vuelta*. Pero hasta la

aparición de esta libreta no se conocía ninguno de la *Ida*. Aunque hubo una enconada búsqueda, cuya historia también indagué.

Un hernandista tan riguroso como Eleuterio Tiscornia se propuso, apoyándose en su amistad con Manuel Alejandro Hernández, hijo del poeta, hallar esos originales. Pretendía descubrir las erratas, las posibles «correcciones» al lenguaje gauchesco que se hubieran introducido, o bien las desprolijidades sospechadas del linotipista. Pero no los encontró, y de su desaparición corren diversas leyendas, divertidas algunas.

Tiscornia, en el prólogo de su importante edición crítica del Poema, de 1925, fue terminante: «Los originales de la primera parte del poema (1872) no existen».

En 1934, año del centenario del nacimiento de Hernández, José Gabriel [López Buisán] publicó en La Plata varios números de un periódico que llevó el mismo nombre del Poema, y en el número 3 (sin indicación más precisa, tan sólo la del año) menciona una reunión organizada por él en casa de Sara Hernández de Cilley, hija de Rafael, y por lo tanto sobrina de José, en la que están presentes las hijas del poeta Josefina H. de Jackson Muñoz y Carolina H. de Marengo, así como las nietas Isabel y Sarah González del Solar –hijas de Isabel Hernández–, y los hijos de la dueña de casa. José Gabriel pregunta por los originales de la *Ida* y «hablan todos y, desgraciadamente, nadie está seguro de nada»; pero la información que prevalece, y que podríamos llamar «oficial» es que quedaron en manos del albacea testamentario del poeta, al que no se nombra. Y en esa reunión se descarta otra versión, atribuida a Rosa Castro de Hernández, viuda de Manuel Alejandro (fallecido en 1922), quien sostenía –pero ella no está presente– que le fueron prestados a Mario Zavattaro para documentar su ilustración (que se publicó póstumamente: almanaques «Alpargatas» de 1937-1939); que el artista los devolvió y que por negligencia se perdieron o tiraron.

Cabe reflexionar que a Zavattaro –que era pintor y no filólogo– no le interesaba una versión manuscrita.

En mayo de 1990 le pedí a Fermín Chávez que consultase a su amigo Ernesto Cilley Hernández, sobrino nieto del poeta y asistente a la célebre reunión de 1934, cuál era la versión familiar, llamémosla «final», sobre los originales de la *Ida*. Transcribo textualmente la nota que Chávez me entregó luego de su entrevista:

Testimonio de Ernesto Cilley Hernández. Mayo de 1990. Nieto de Rafael e hijo de Sara Hernández de Cilley.

Varias versiones en la familia sobre el extravío del manuscrito de la IDA. Hubo una mala mano de un pariente no de sangre, sino de noviazgo.

Él se queda con la versión según la cual Rafael Hernández, el hermano menor, había pedido el original de marras para trabajar en una edición por él comentada del Poema. Pero existió un señor Suárez Orozco que se lo llevó. En el extravío, de todos modos, entran descuidos de la descendencia de José y Rafael.

[Fdo.] Fermín Chávez

Cotejar con la versión dada por la nieta Isabel González del Solar Hernández (hija de Isabel Hernández) a José Gabriel, en 1934. Cf. MARTÍN FIERRO 3 y diario *Crítica* del 29 de agosto de 1934.

Y cabe señalar qué gran lástima es que Rafael Hernández no llevase adelante ese proyecto de una edición por él comentada: ¡lo que nos perdimos!

En cuanto a los manuscritos de la *Vuelta*, también han tenido sus vueltas. La familia del poeta conservó los seis cuadernos escolares que contienen una versión previa a la de la edición princeps, versión de la que el poeta fue seleccionando y reelaborando la final: hay muchísimos versos que fueron suprimidos, y faltan en cambio partes importantes, como la payada con el Moreno o los célebres Consejos a sus hijos.

Pero es interesante seguir la curiosa historia de estos cuadernos, uno de los cuales –el sexto– es, marechalianamente, «de tapas azules» (los otros poseen tapas rojas).

Tiscornia quiso utilizarlos para su edición anotada, pero no logró encontrarlos. En el citado prólogo a su libro cuenta su búsqueda, y cita a Martiniano Leguizamón, que publicó algunas estrofas del canto XXIV de esos cuadernos (en el ms. Hernández todavía numeraba con romanos, que luego cambiaría por arábigos en la princeps).

Siempre según Tiscornia, los cuadernos eran de Manuel Alejandro, el hijo varón del poeta, apodado Macuca, quien al morir se los deja a su hermana Isabel, por mano de cuyas hijas Isabel y Sarah se conservaron en la familia. Pero hubo un período en que aparentemente anduvieron trasapelados, porque así lo informa Alberto Jackson Muñoz, yerno de Hernández, en carta que Tiscornia transcribe en el segundo tomo de su trabajo (que incluye *Vocabulario y Gramática*, 1930).

Sabido es que Tiscornia no accedió a estos cuadernos, y al reeditar en 1952 la obra de su maestro, Jorge M. Furt en la Advertencia alude a este hecho –«las gestiones públicas e infructuosas de Tiscornia»–, contraponiéndolo a la suerte de Leumann: «Obtenida [...] de una nieta del autor la cesión del manuscrito de medio poema, esta feliz exclusividad de la virtud le permitió las notas que culminaron en una “edición crítica”».

No siempre es tan fácil como fue para nosotros, gracias a la cordialidad de la familia Castello, la consulta de manuscritos.

Algo que me ha sorprendido siempre es que ese gran estudioso que era Tiscornia, que llama «querido amigo» a Manuel Alejandro Hernández, no llegara a conocer los cuadernos de la *Vuelta*. Sin duda que en vida de su amigo, cuando hubiera podido hacerlo, no tuvo interés o tiempo de estudiarlos, y luego, cuando los buscó, estaban trasapelados, y luego...

En el 26 Tiscornia dio una conferencia en la Academia Argentina de Letras titulada *La vida de Hernández y la elaboración del «Martín Fierro»*, en la que al referirse al viejo Vizcacha menciona que Isabel Hernández de González del Solar –hija del poeta– le contó que hubo

un paisano muy viejo, más bien bajo, de barba entera, medio cimarrón, como decía mi padre, y lleno de refranes y dicharachos en la conversación; los dos se encerraban horas y horas, mateaban y se reían a lo gaucha, y mi padre iba apuntando en una libreta de tapas negras todos esos dichos y gauchadas de Vizcacha que Usted ha leído. –¿Y dónde está ese cuaderno?, pregunté como si reclamara algo mío. –No sé qué se hizo, respondió doña Isabel sonriéndose; Macuca, mi hermano, lo tenía... pero usted sabe lo que son los papeles...¹

La versión fue de malas consecuencias para el gran crítico, porque las hijas de la aludida señora informante, Isabel y Sarah González del Solar, en cuyo poder quedaron finalmente los en algún momento reaparecidos cuadernos manuscritos, consideraban que no eran verdaderas dichas referencias al viejo Vizcacha, que su madre nunca había dicho tal cosa y que eran puro invento de Tiscornia. Incluso, según escribió Isabel, en la misma conferencia citada le cuestionaron al crítico sus aseveraciones. Consideraban que decir que Hernández no había inventado a Vizcacha era disminuir su capacidad creadora. Y como doña Isabel madre ya había fallecido, era imposible apelar a su palabra para definir el tema.

En la correspondencia con Rafael P. Velázquez, que éste publicó, dice Isabel González del Solar: «Tiscornia atribuyó a mi madre Isabel Hernández de González del Solar, a la que nunca conoció, opiniones y mitos que eran de su absoluta imaginación... En cuanto al “Viejo Vizcacha”, es un personaje sanchezco [*sic*] existente siempre y favorecido por el ambiente de la época, pero la creación literaria, como el Sancho de Cervantes, es absolutamente Hernandiana».²

Esto significó una ruptura y después de ese entredicho le quedaba vedado el acceso a los manuscritos de *La Vuelta*; Tiscornia, recordemos, nació en 1879 y falleció en 1945: hubiera tenido mucho tiempo para estudiar esos escritos de los que afirmó: «los empeños que he hecho por lograrlos no han tenido éxito».

Para concluir este tema con más polémica, interesan otras opiniones de Isabel González del Solar en carta del 30 de junio del año 67, que cito de la misma fuente: «Si están aceptadas las conclusiones de Martínez Estrada sobre la condición de misógino de Hernández, de Lugones y su seguidor Borges, empeñados en demostrar que “la obra de genio es de un infeliz” y de Senet y Tiscornia formando el dúo que busca por todos los medios presentar al hombre Viejo Vizcacha como instructor de Hernández; pienso que al consultar a los descendientes del poeta sólo se quiere que formen coro inconsciente a las fantasías de quienes necesitan dar apariencia de validez a sus caprichosas elucubraciones. El camino elegido es equivocado. Aquí podrían oír a “Martín Fierro”: “Quien anda en pagos ajenos / Debe ser manso y prudente”. No se debe desestimar el testi-

¹ Este texto fue impreso en 1937 y nuevamente en 1940 por la Biblioteca Nacional, incorporado a una edición facsimilar de la primera de *El gaucha Martín Fierro*; véase, también, E. Tiscornia, *Martín Fierro comentado y anotado*, 2ª ed., Buenos Aires, Coni, 1952, p. 658.

² Carta del 7/6/1967; v. R. P. Velázquez, *Folklore rioplatense / Tercera y última parte de / La personalidad histórica de Martín Fierro*, Gral. Madariaga, 1972, pp. 49 y 50; resaltado por mí.

monio de los que llevan en su espíritu y en su sangre el hábito que nutrió la savia de “Martín Fierro”»,³

Curiosamente, doña Isabel se equivoca –y bastante– al citar a su abuelo (II, vv. 4643-4646), pero lo mismo le ocurrió alguna que otra vez al mismo Ricardo Rojas, porque la memoria a veces no ayuda... La nieta, como se ve, siguiendo el espíritu de su ancestro, «cantaba opinando».

Los seis cuadernos manuscritos de José Hernández conteniendo una versión anterior y con marcadas diferencias a la princeps de *La vuelta de Martín Fierro* se encuentran actualmente en el Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, al que fueron cedidos por Isabel y Sarah González del Solar.

Martín Fierro en «Archivos»

Una edición en la que Élica Lois utiliza materiales nuevos y reutiliza manuscritos trabajados anteriormente de otra manera –como se explica en el «Estudio filológico preliminar»– ya significa un aporte excepcional, sin que sean necesarios aditamentos. Se trata de haber preparado una edición crítico-genética con un aparato de variantes y haber examinado con minucia la dinámica de la escritura hernandiana.

Pero cabe señalar que el valor científico se vincula con la verdadera devoción que existe en la Argentina y, de otra manera pero también con fuerza, en América Latina por el Poema. La página Liminar de Leopoldo Zea lo testimonia. Si hacer una buena edición de cualquier texto significativo es de por sí importante, hacerla de un texto emblemático y vinculado –aceptando todas las discusiones que sean necesarias– con la autoconciencia de los argentinos –tema del que se ocupa Paul Verdevoye– importa de una manera especial.

Este volumen todo lo cuestiona y todo lo debate: en lo que el Poema tiene de tal, en sus múltiples significaciones, en las interpretaciones que ha motivado –afirmativas o de rechazo–, en lo que nos dijo y nos dice hoy mismo.

El índice del volumen es de por sí explicativo. Pero no está de más agregar una escueta información. El texto exige el conocimiento de términos del dialecto rural del siglo XIX que no son de uso común, y por ello el Glosario preparado por Fernando Colla.

En cuanto a la recepción del Poema, está historiada por Jorge B. Rivera, mientras que el volumen incorpora un material de gran valor: el peritexto conformado por todas las notas, cartas, artículos que el propio Hernández fue incluyendo en las ediciones de *El gaucho Martín Fierro*, con elogios, explicaciones o críticas, que se toma completo de la última edición hecha en vida del autor (la 12ª del año 1882). Queda ahí explicitada la cuidadosa atención prestada por el autor a las lecturas cultas de su tiempo.

³ *Op. cit.*, p. 53.

Sabido es que el Poema fue exigiendo análisis e interpretaciones desde su nacimiento. A lo que el propio Hernández nos mostraba, nuestro volumen agrega una gran cantidad de textos significativos en el Dossier de Recepción que arrancan en 1894, con el conocido artículo de Miguel de Unamuno, y que llegan hasta la actualidad: del final del XIX es la biografía de Hernández escrita por su hermano Rafael, y de comienzos del XX el estudio de Ernesto Quesada que ubica el Poema en la línea de la gauchesca, señalando sus características.

Tres lecturas hemos destacado, estudiándolas a su vez con detalle en artículos especiales: las de Lugones, Martínez Estrada y Borges. Este último decía que leemos a Hernández a través de Lugones; luego, muchos pensaron que leíamos el *Martín Fierro* desde la visión de Borges y por eso polemizaron con él. Del cordobés se ocupa Miguel Dalmaroni, y Mónica Bueno del porteño. De Martínez Estrada, que estudiando el Poema quiso hacer una interpretación de la vida argentina en sus características más profundas, publicamos un trabajo de Liliana Weinberg.

Por supuesto que otras lecturas importantes merecen destacarse, y nuestro Dossier, aun con las limitaciones de espacio que nos impone, deja constancia de algunas de ellas.

La lectura popular queda testimoniada por el hecho de que tengamos que considerar al *Martín Fierro* como un texto fundamental, incluido necesariamente tanto en el canon culto como en el de la más amplia y extendida valoración. Porque si un sector importante de la cultura oficial fue reticente para con el Poema, el pueblo gaucha lo hizo suyo rápidamente.

Poema incómodo, político: narración de la historia de un marginal que impugna la ley y que después no consigue reinsertarse en la sociedad, aunque lo desea, y crítica severa del injusto sistema social, fue siempre un texto difícil ante el que había que definirse. Su grandeza poética se fue imponiendo con fuerza en todos aquellos que se detuvieron con atención en sus versos, aunque tampoco dejaron de formularse reparos. A medida que se lo iba canonizando se lo fue considerando «clásico» y alguien tan cauto como Roberto F. Giusti llegó a nombrarlo «especie de Biblia profana de las pampas». Ya en época reciente, Josefina Ludmer lo llama «el libro didáctico de la literatura argentina, el de la modernización y el pacto»; agregó: de un pacto futuro para que el gaucha tenga casa, escuela, iglesia y derechos. La exaltación como «obra magnífica» (Lugones) o la consideración de «poema nacional» (Rojas) llevó a largos debates, que en este volumen se consignan.

Diversos son los problemas planteados por los tratadistas: la heroicidad épica, las diferencias y coincidencias de las dos partes, la influencia de autores anteriores, el género gauchesco, los ricos y ambiguos simbolismos; la rebeldía, el triunfo y la derrota, la belleza poética, la calidad narrativa, la intención política –y otros más– son enfocados también desde diversos ángulos en los distintos trabajos. El objetivo ha sido aportar materiales para el estudio, pero también para el debate.

La vida rural de la época, fundamental para contextualizar la obra, es estudiada desde nuevas perspectivas teóricas por Juan Carlos Caravaglia; al considerar

la condición de pequeño propietario de Martín Fierro –oscurecida por algunas lecturas– allega elementos que resultan importantes para la comprensión de la obra y de su propuesta política. A la ubicación del protagonista como un ser peculiar entre otros seres, como *voz* que dialoga –o no– con otras, atiende Rosalba Campra, mientras que Julio Schvartzman estudia la significación de su sabiduría proverbial. Ligia Chiappini aporta una discusión poco desarrollada hasta hoy: la posible influencia brasileña en la composición del Poema; como es sabido, se ha planteado la posibilidad de que la original «sextina» hernandiana tenga origen brasileño, tema que Chiappini indaga con cuidado; y agrega un detallado estudio de la influencia del *Martín Fierro* en la literatura riograndense –o *gaúcha*– del Brasil, lugar donde es pensable que Hernández comenzase a componer su obra.

Reproducimos la muy completa Bibliografía de Horacio Jorge Becco que llega hasta 1972, continuada hasta nuestros días por un equipo dirigido por Susana Romanos de Tiratel, e integrado por G. M. Giunti y M. J. Barbato, con la colaboración de A. E. Parada; se incorporan también nuevas informaciones que Becco nos ha suministrado.

Una Cronología de la vida del autor, los hechos culturales y la época histórica por Élide Lois completa el volumen.

Cabe señalar, finalmente, que el *Martín Fierro* es universalmente entendido como una unidad. Publicadas sus dos partes con un espacio de siete años (en 1872 y 1879), nuestro volumen respeta el hecho de tratarse de dos obras diferenciadas, que su autor publicó siempre separadas, y como tal la numeración de los versos de *La vuelta de Martín Fierro* comienza nuevamente desde el uno. Pero sin duda se trata de un Poema único, que desde la época misma de su circulación pasó a titularse *Martín Fierro* a secas prácticamente en todas las ediciones, incluidas las críticas (con audacia, Santiago Lugones numeró de corrido, del 1 al 7210, los versos de su sencilla y útil edición anotada hecha en 1926).

La Colección *Archivos* (después de haber publicado las obras de Cortázar, Macedonio Fernández, Girondo, Güiraldes, Marechal, Martínez Estrada, Sarmiento, Arlt y Conti, y de preparar para este mismo año las de Manuel Puig y Ernesto Sábato) define y exalta, con la edición crítica de este poema del siglo XIX que tanto significa en nuestro país, su catálogo argentino y el histórico servicio que presta a nuestra cultura.